

cada mano, y muy paso á paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos abajar así, y todos á voz en grito decían: «Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen.» En llegando al suelo tañían los atabales, huesos y bocinas, y ataban á los enmascarados cada senda codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacían en los cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintados, y pegados uno con otro á la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y á cada puerta y canton les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogían las codornices, que infinitas eran, cenábaselas los dos revestidos, y los sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor; la razón por que había tanta codorniz era porque venían á la fiesta con mucha devoción los de la comarca, y aun de diez y mas leguas aparte. Aspaban también el mismo día seis presos en guerra; empicotábanlos en lo mas alto de los seis árboles que habían puesto el día antes; asaeteábanlos luego muchos flecheros, derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazón y haciendo las otras ceremonias que suelen; arrastrábanlos después, y en fin los degollaban. De la manera que mataban estos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mismo día, y todos de seis en seis; jamás se oyó semejante crueldad. Dejaban á los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen ó enterrasen, y llevábanse los cuerpos á casa de los señores, y otro día tenían banquete con ellos, y grandes borracheras. También sacrificaban mas allá de Xalisco hombres á un ídolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo mas cruel de todo, y se los comían medio asados.

Otros sacrificios de hombres.

La mayor solemnidad que hacían por año en Méjico era al fin de su catorceno mes, á quien llaman panquezalitzli; y no solo allí, pero en toda su tierra la celebraban pomposamente, ca estaba consagrada á Tezcatlipuca y á Vitcilopuchtlí, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre día, unos de la lengua, por donde metían pajuelas; otros de las orejas, otros de las pantorrillas, y finalmente, cada uno de donde quería y mas en devoción tenía. Ofrecían la sangre y oraciones con mucho incienso á los ídolos, y después sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho días, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que mas pecaban. Entraban asimismo algunas mujeres devotas á guisar de comer para los ayunadores. Todos estos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban ó pintaban los ídolos de Vitcilopuchtlí y Tezcatlipuca y otros sus abogados. Antes que amaneciese el día de la fiesta venían al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el Rey, los caballeros y otra infinita gente, en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salía del templo el gran Achcahutli con una imagen pequeña de Vitcilopuchtlí muy arreada y galana, poníanse todos en

rengle, y caminaban en procesion. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban á una ermita de Acolman, donde sacrificaban cuatro cativos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopan, en Chapultepec y Vicilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacían oracion, y mataban otros cuatro cativos con tantas ceremonias y devoción, que lloraban todos. Volvíanse con tanto á Méjico, después de haber andado cinco leguas en ayunas, á comer. A la tarde sacrificaban cien esclavos y cativos, y algunos años docientos. Un año mataban menos, otras mas, segun la maña que se daban en las guerras á castigar enemigos. Echaban á rodar los cuerpos de cativos las gradas abajo. A los otros, que eran de esclavos, llevaban á cuestras. Comían los sacerdotes las cabezas de los esclavos y los corazones de los cativos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cativos para poner en el hosar. Daban con los corazones destos en el suelo, y echaban los de aquellos hacia el sol, que tambien en esto los diferenciaban, ó tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comían, hacían grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de noviembre, cuando ya habían cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta á honor de Tezcatlipuca, ídolo á quien mas divinidad atribuyen. Hacían unos bollos de masa de maíz y simiente de ajenos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos á cocer en ollas con agua sola. Entre tanto que hervían y se cocían los bollos, tañían los moxachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares al rededor de las ollas; y en fin decían: «Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca;» y después comianselos con gran devoción.

En los cinco días que no entran en ningún mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenían muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacían de su propia sangre á las estatuas que tenían en los templos y tras cada rincón de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo della era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres; que sin muerte no había alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al sol y á la luna porque no se muriesen, como habían hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un día solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del Rey el día que primero se les demostraba, y descúbrerlo en otoño, y venle docientos y sesenta días. Atribúyense los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada día de aquellos docientos y sesenta. Creen que Topilcin, su rey primero, se convirtió en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no solo matan un hombre al nacimiento desta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrias, y

los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con incienso y sangre propia, que sacan de diversas partes del cuerpo.

Quando mas se sangraban estos indios, antes cuando nadie quedaba sin sangrias ni lancetadas, era habiendo eclipse del sol, que de luna no tanto, ca pensaban que se quería morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se jasaba los brazos, quién las piernas, quién los pechos; porque tal era la devoción de cada uno, aunque tambien iban aquellas sangrias segun usanza de cada villa; ca unos se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los mas en la cara; y entre los mismos vecinos de un pueblo era mas devoto el que mas señales tenía de haberse sangrado, y muchos andaban agujeradas las caras como harnero.

De una fiesta grandísima.

La fiesta que con mas sacrificados solemnizaban en Méjico era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como á día de grandísima santidad, venían á ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el achcahutli mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y tambien aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moría; que si moría, mataban al religioso que tenía cargo de atizarlo, sobre el mismo brasero. Este matar de fuegos hacían la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos llamacazques de Vitcilopuchtlí á Iztacpalapan, dos leguas de Méjico. Subían á un templo que está en el serrejon Vixachtli, á quien Moteczuma tuvo grandísima devoción; y después de media noche, ya que comenzaba día, año y tiempo nuevo, sacaban lumbre de tlecuahuitl, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traído á la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños. Sacada pues la nueva lumbre, y hechas todas las otras ceremonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes á Méjico muy corriendo con los tizones ó ascuas; poníanlas delante el altar de Vitcilopuchtlí con mucha reverencia, hacían gran fuego, sacrificaban un cativo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, á manera de bendición. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbre á su casa, y los forasteros á sus pueblos. Luego en siendo día sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cativos, si los había de guerra, y comianselos.

La gran fiesta de Tlaxcallan.

Casi las mismas fiestas de Méjico y ritos de sacrificar hombres tenían en Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Tepeacac, Zacatlan y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres á los mas días y dioses. Es verdad que mataban mas niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuie y Xuchiquezatl, y que en una fiesta asaeteaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañavereaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse

los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrían por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos; y al que alcanzaban quitábanle las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habían puesto. Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman Teuxiuitl, y que quiere decir año de Dios, y que cae al principio de un mes correspondiente á marzo. Al dios en cuyo honor se hacía dicen Camaxtle, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta días de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el achcahutli mayor á sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de Dios que debían, pues habían entrado allí á serville; y en fin, les decía cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia; por tanto, el que se sintiese flaco ó indevoto saliese del patio de Dios dentro de cinco días, y no sería culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salía, habiendo comenzado el ayuno y penitencia, sería tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto día de plazo, preguntábanle si estaban todos, y si querían ir con él. Respondían que sí; y con tanto iban con el Achcahutli docientos y trecientos y mas clérigos á una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallan, muy áspera y alta. Quedábanse todos los tlenamacaques, antes de acabarla de subir, orando, y el Achcahutli subía solo. Entraba en un templo de Matlalcuie, y ofrecía al ídolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase á la ciudad. Ya para entonces estaban en el templo todos los servidores de ídolos que había en el pueblo, con muchos haces de palos. Comían todos muy bien y bebían no poco; que aun el ayuno estaba por entrar. Llamaban luego muchos carpinteros; que tambien hubiesen ayunado y rezado cinco días, para alisar y aguzar aquellos palos. Ibanse estos después de haber hecho su oficio, y venían los navajeros, ayunos asimismo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna dellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no había ayunado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al son de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, á un sacerdote que estaba en la mas alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacían tantas. Arrodillábanse á Camaxtle, y comenzaban á pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba segun su estado, ó tiempo que servía al ídolo; quién ciento, quién docientos; pero el Achcahutli y los viejos metían aquel día cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos mas gordos por el agujero de las lenguas. Quando acababan este sacrificio era mas de media noche. Cantaba luego el Achcahutli, y respondían los otros barbullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayu-

naban veinte dias, comiendo muy poquito, y hacían de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua, porque á los veinte dias, y cuarenta, y á los sesenta, y á los ochenta habian de sacar por él otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que se sacrificaban cinco veces desta mesma manera en ochenta dias, y montaban las varas, que solo el Acheahutli ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta dias ponian un ramo en el patio, que todos lo viesan, para que todos ayunasen los otros ochenta dias que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podian comer chili, que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar á mujer, ni apagar el fuego; y en casa de los señores, como Maxixacin y Xicotencatl, si el fuego se moría, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mesmo dia que ponian el ramo hincaban ocho varales grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio dellos todas sus varas ensangrentadas para quemar después; pero primero las presentaban á Camaxtle como ofrenda. En los segundos ochenta dias se metian eso mesmo pajas aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como antes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre, y respondian con voz lastimera. Salían á pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucian muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres dias antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parecian extranamente, porque allende de las muchas colores, se hacian mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas. Bailaban todo el dia de la víspera sin parar; venian algunos clérigos de Chololla con las vestiduras de Cuzalcoatl, vestían á Camaxtle y otro diosillo á par dél. Camaxtle era tres estados alto, y el otro ídolo parecia niño; pero teníanle tanto respeto, que no le miraban á la cara. Ponían á Camaxtle muchas mantillas, y sobre ellas una tecuxicoalli grande, y abierta por delante, á manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman tochomiltl, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veinte y ocho leguas de allí, los primeros pobladores; de donde fué natural el mesmo Camaxtle. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una gran saeta con la punta de pedernal. Ofrecíanle muchas flores, rosas é incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. A media noche se reyestía un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cativo principal, que degollaba, á quien decían hijo del sol, por haber muerto en tan bendito dia. Ibanse los sacerdotes cada uno á su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres á sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocoléluco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra,

que tantas varas se pasó por la lengua el gran Acheahutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlan y Quiahuytlan; y no habia pueblo, de veinte y ocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comian los de Tlaxcallan y su provincia aquel dia y fiesta de Camaxtle, que celebran de cuatro en cuatro años, novecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacían grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros éstos de Tlaxcallan, y muy valientes en la guerra. Tenían por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, ó tener muchas heridas por la cara, recibidas en batalla. Tal tlaxcalteca habia cuando Cortés entró allí, que tenia muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

La fiesta de Quezalcoatl.

Chololla es el santuario desta tierra, donde iban en romería de cincuenta, y cien leguas; y dicen que tenia trecientos templos entre chicos y grandes, y aun para cada dia del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que segun cuentan, lo querían igualar con el serjón que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Querían ponerle su altar y estatua en la region del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, á causa, á lo que ellos mismos afirmaban, que edificando á la mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parecióles que los otros dioses no consentían que aquel se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto. Tuvieron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenían por rayo; porque muchas veces, después que son cristianos, han caído terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran Acheahutli cuatro dias, sin comer mas de una vez al dia, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrias. Tras aquellos cuatro dias comienzan el ayuno de ochenta dias arreo, antes de la fiesta. Enciérrense los tlamaçazques en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, puas y hojas de metl, y tizne ó tinta de bija. Siéntanse por órden en unas esteras á raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni aji, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta dias mas de dos horas á prima noche y otras tantas á primo dia. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al dia de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte dias, ni ayunaban tanto ni comian tan poco. Ataviaban la imagen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venían algunos sacerdotes de Tlaxcallan, con las vestimentas de Camaxtle; ofrecíanle la noche postrera muchos sartales

De la conversion.

y guirnaldas de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

Los ayunos de Teouacan.

Otra manera de ayuno tenían en la provincia de Teouacan, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestían mas de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían á mediodía sendas tortillas de pan y una escudilla de atulli, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte dias, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y otra los otros dos; pero no dormían en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte dias se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas, cada sesenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil y trecientos y veinte cañas medidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diez y siete mil y docientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moría durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenían que seria mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcían los polvos por el aire para que no quedase memoria de tal hombre, pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Moteczuma, y los tenía por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablo, que adivinaban grandes cosas y que veían maravillosas visiones; pero la mas continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debían de criar cabello largo todos los sacerdotes desta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Había muchos mancebos por casar de Teouacan, Teutiltan, Cuzcatlan y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos dias, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podían, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, segun la devoción del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofreciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenían por virgen ni por bueno, y quedaba infamado y por fementido.

Tal cual veis era la religion mejicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente mas, ni aun tan idólatra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

HA.

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de tanta ceguedad y pecados, y darles gracia que conociendo y dejando su error y crueldades, se volvieran cristianos! Oh, cuánto deben á Fernando Cortés, que los conquistó! Oh, qué gloria de españoles, haber arrancado tamaños males, y plantado la fe de Cristo! Dichosos los conquistadores y dichosísimos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, estos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes, en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será de Cortés! El quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazon de hombres. Quiero callar; no me achaquen de afición ó lisonja. Empero si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuanto mi ruda lengua é ingenio supieran. Tantos en fin han convertido cuantos conquistado. Unos dicen que se han bautizado en la Nueva-España seis millones de personas, otros ocho, y algunos diez. Mejor acertarian diciendo cómo no hay por cristianar persona en cuatrocientas leguas de tierra, muy poblada de gente: loado nuestro Señor, en cuyo nombre se bautizan; así que son españoles dignísimos de alabar, ó mejor hablando, alaben ellos á Jesucristo, que los puso en ello. Comenzóse la conversion con la conquista, pero convertíanse pocos, por atender los nuestros á la guerra y al despojo, y porque habia pocos clérigos. El año de 24 se comenzó de veras con la ida de fray Martin de Valencia y sus compañeros; y el de 27, que fueron allá fray Julian Garcés, dominico, por obispo de Tlaxcallan, y fray Juan Zumarraga, francisco, por obispo de Méjico, se llevó á hecho; ca hubo muchos frailes y clérigos. Fué trabajosa la conversion al principio por no entender ni ser entendidos; y así, procuraron de mostrar el castellano á los mas nobles mochachos de cada ciudad, y de aprender el mejicano para predicar. Tuvo eso mesmo dificultad grandísima en quitar del todo los ídolos, porque muchos no los querían dejar habiéndolos tenido por dioses tanto tiempo, y diciendo que bien bastaba poner con ellos la cruz y á María, que así llamaban entonces á todos los santos y aun á Dios; y que tambien podían tener ellos muchos ídolos, como los cristianos muchas imágenes; por lo cual los escondían y soterraban, y para encobrirlo ponían una cruz encima, y porque si los tomasen orando pareciese que adoraban la cruz; mas como eran por esto aperreados y perseguidos, y porque habiéndoles quebrado los ídolos y destruido los templos, les hacían ir á las iglesias, dejaron la idolatría. Sosteníanlos mucho el diablo en aquello, diciéndoles que si le dejaban no llovería, y que se levantasen contra los cristianos; que les ayudaría él á matarlos. Algunos hubo que tomaron su consejo, y libraron mal. Dejar las muchas mujeres fué lo que mas sintieron, diciendo que tenían pocos hijos en sendas, y así habría menos gente, y que hacían injuria á las que tenían, pues se amaban mucho, y que no querían atarse con una para siempre si fuese fea ó estéril, y que les mandaban lo que ellos no hacían, pues cada cristiano tenia cuantas quería, y que fuese lo de las mujeres como lo de los ídolos, que ya que les quitaban unas imá-

gines, les daban otras. Hablaban finalmente como carnalisimos hombres; y así, dispensó con ellos el papa Pablo en tercer grado para siempre. Fácilmente, á lo que se alcanza, dejaron la sodomía, aunque fué con grandes amenazas y castigo. Dejaron asimesmo de comer hombres, aunque pudiendo, no lo dejan, segun dicen algunos; mas como anda sobre ellos la justicia con mucho rigor y cuidado, no cometen ya tales pecados, y Dios les alumbró, y ayuda á vivir cristianamente. Hay en esta tierra que Fernando Cortés conquistó, ocho obispados. Méjico fué obispado veinte años, y el año de 47 lo hizo arzobispado Pablo, papa tercio; Cuahutemallan y Tlaxcallan tienen obispos; Huaxacac es obispado, y título Juan Lopez de Zárate; Michuacan, que posee el licenciado Vasco Quiroga; Xalisco, que tuvo Pero Gomez Malaber; Honduras, donde está el licenciado Pedraza; Chiapa, que resignó fray Bartolomé de las Casas con cierta pensión. Tienen los reyes de Castilla, por bula del Papa, el patronazgo de todos los obispados y beneficios de las Indias, que engrandesece mucho el señorío; y así, los dan ellos y sus consejeros de Indias. Hay tambien muchos monesterios de frailes mendigantes, mayormente franciscos, aunque no hay carmelitas, los cuales pueden en aquella tierra quanto quieren, y quieren mucho. No hay lugar, á lo menos no puede estar, sin clérigo ó fraile que administre los sacramentos, predique y convierta.

La priesa que tuvieron á bautizarse.

Fué principal causa y medio para que los indios se convirtiesen, deshacer los ídolos y los templos en cada lugar. Dicen que les dolia mucho la destruicion de sus templos grandes, perdiendo esperanza de poderlos rehacer, y como eran religiosísimos y oraban mucho en el templo, no se hallaban sin casa de oración y sacrificios; y así, visitaban las iglesias á menudo. Oían de gana los predicadores, miraban las ceremonias de la misa, deseando saber sus misterios, como novedad grandísima; por manera que, con la gracia del Espíritu Santo, y con la solicitud de los predicadores, y con su mansedumbre, cargaban tantos á bautizarse, que ni cabian en las iglesias ni bastaban á bautizarlos; y así, bautizaron dos sacerdotes en Xochmilco quince mil personas en un día; y tal fraile francisco hubo, que bautizó él solo, aunque en muchos años, cuatrocientos mil hombres; y á la verdad los frailes franciscos han bautizado, á lo que dicen ellos mismos, mas que nadie. Tambien aconteció en muchas ciudades velarse mil novios en un solo día; priesa grandísima. Dicen que un Calisto, de Huexocinco, criado en la dotrina, fué el primero que se veló á puerta de iglesia. La confesion, como cosa espaciosa, tuvo mas que hacer. Todavía la procuraron muchos; y así, cuentan por cosa grande cómo hubo en Teouacan el año de 40, doce diferencias de naciones y lenguajes á oír los oficios de la Semana Santa y á confesarse, y algunos vinieron de sesenta leguas. Quién primero se comulgó fué Juan de Cuauhquecholla, caballero, y comulgó con gran recelo. La disciplina y penitencia de azotes tomaron presto y mucho, con la costumbre que tenían de sangrarse á menudo por devocion, para ofrecer su sangre á los ídolos; y así, acontece ir en una

procesion diez mil, y cincuenta mil, y aun cien mil disciplinantes. Todos en fin se disciplinan de buena gana, y mueren por ello, como les come y crece la sangre cada año por aquel mesmo tiempo que se suelen azotar en las espaldas, que natural cosa es; bien es que se disciplinen en remembranza de los muchos azotes que dieron á nuestro buen Jesus, pero no que parezca recaer en sus viejas sangrías, y por eso algunos se lo querrian quitar, á lo menos templar.

De cómo algunos murieron por quebrar los ídolos.

Metían en la doctrina cristiana los hijos de señores y principales hombres, para ejemplo á los demás. No contradecian sus padres, por amor de Cortés, aunque algunos los escondian hasta ver en qué paraba la nueva religion, ó enviaban otros por ellos. Acxotencatl, señor principal en Tlaxcallan, tenía cuatro hijos y aun sesenta mujeres. Dió los tres á la doctrina, y refúvose al mayor, que seria de doce años ó trece, mas al cabo lo dió, porque se supo; no le tuviesen por falso. Aprendió muy bien el mochocho la doctrina y el romance; bautizóse, y llamáronle Cristóbal; derramaba el vino que tenía su padre, reprendiendo la borrachez; acusábale la multitud de mujeres, quebraba los ídolos de casa y pueblos que podía coger. Acxotencatl tenía enojo dello, pero pasábalo por quererlo bien y ser su mayorazgo. Entró el diablo en él, y á persuasion de Xochipapaloacin, una de sus mujeres, lo apaleó, acuchilló y echó en el fuego, que se quemase; de lo cual murió al otro dia siguiente. Enterróle secretamente en una su casa de Atlhuezan, pueblo suyo, dos leguas de Tlaxcallan. Hizo matar, porque no lo dijese, á Tlapaxilocin, madre del Cristóbal, y su mujer, en Quimichuca, que está cerca de la venta de Tecouac. Esto fué año de 27, y estuvo mucho que no se supo. Maltrató después á un español porque hizo ciertas demasías pasando por unos pueblos suyos. Fué sobre ello Martin de Calahorra desde Méjico por pesquisidor, y averiguó las muertes de Cristóbal y de Tlapaxilo, y ahoreólo. Tambien mataron otros de la doctrina que iban por ídolos á los lugares, hasta que la justicia puso remedio con grandes castigos. En Ezatlan, que andaban levantados, mataron el año de 41 á fray Juan Calero, que llamaban de Esperanza, fraile francisco, porque les hacía abatir un ídolo que habían alzado y adoraban; y en Ameca mataron á fray Antonio de Cuellar, francisco, porque les predicaba. En Quivira mataron á fray Juan de Padilla y á su compañero, que se quedaron á predicar. En la Florida mataron á fray Luis Cancel, dominico, que fué á convertir; en fin, matan á cuantos predicadores pueden coger, si no hay soldados que temer.

De cómo cesaron las visiones del diablo.

Aparecía y hablaba el diablo á estos indios muchas veces, segun se ha contado, especialmente al principio de la conversión, sabiendo que se habían de convertir. Persuadíalos á sustentar los ídolos y sacrificios en aquella religiosa costumbre que tuvieron sus padres, abuelos y antepasados. Aconsejábales que no dejasen su buena conversacion y amistad por quien nunca vieron. Amenazábales que no lloveria, ni les daría sol ni salud

ni hijos. Reprehendiales de cobardes, porque no mataban aquellos pocos españoles que predicaban. Ellos, engañados con las dulces palabras, ó con las sabrosas comidas de carne humana, ó con la costumbre, que como otra naturaleza los tirannizaba, deseaban complacerle y estarse en su religion antigua; así que mataron algunos por esto, y defendían los ídolos ó los escondían, diciendo que Vitcilopuchlli ni los otros dioses no buscó oro. Ponían cruces sobre los ídolos escondidos para engañar los españoles, y el diablo huía dellas; cosa de que los indios se maravillaban; y así, comenzaban á creer la virtud del Crucificado, que les predicaban. Pusieron los nuestros el Santísimo Sacramento en muchos lugares, que ahuyentó del todo al diablo, como él mesmo lo confesó á los sacerdotes que le preguntaron la causa de su ausencia y esquiveza. De manera que no se llegaba el diablo, como solia, á los indios que, bautizados, tenían el Sacramento y cruces, y poco á poco se desapareció. Aprovechaba mucho el agua bendita contra las visiones y supersticion de la idolatría. Dieron á la marquesa doña Juana de Zúñiga en Teouacualco una pilica de buena piedra, en que solia haber ídolos, ceniza y otras hechicerías. Ella, por haber servido de aquello, mandó que bebiese allí un gatillo muy regalado; el cual nunca jamás quiso beber en la pilica hasta que le echaron agua bendita; cosa notable, y que se publicó entre los indios para la devocion. Muchas veces le faltado agua para los panes, y en haciendo rogarias y procesiones llovía. Llovía tanto el año de 28, que se perdían los panes y ganados, y aun las casas. Hicieron procesion y oraciones en Méjico, Tezcuco y otros pueblos, y cesaron las lluvias; que fué gran confirmacion de la fe. Llovía pues, y serenaba, y había salud, contra las amenazas del diablo, aunque se quebraban los ídolos y se derribaban los templos.

Que libraron bien los indios en ser conquistados.

Por la historia se puede sacar cuán sujetos y despechados eran estos indios; y por tanto, no hay mucho que contar aquí; mas para cotejar aquel tiempo con este, replicaré algunas cosas. Los villanos pechaban, de tres que cogían, uno, y aun les tasaban á muchos la comida. Si no pagaban la renta y tributo que debían, quedaban por esclavos hasta pagar; y en fin, los sacrificaban cuando no se podían redimir. Tomábanles muchas veces los hijos para sacrificios y banquetes, que era lo tirano y lo cruel. Servíanse dellos como de bestias en las cargas, caminos y edificios. No osaban vestir buena manta ni mirar á su señor. Los nobles y señores tributaban tambien al rey de Méjico en hacienda y en persona. Las repúblicas no podían librarse de la servidumbre, por causa de la sal y otras mercaderías; por manera que vivían muy trabajados, y como lo merecian en la idolatría, y no había año que no muriesen veinte mil personas sacrificadas, y aun cincuenta mil, segun la cuenta que otros hacen, en lo que Cortés conquistó; pero, que fuesen diez mil, era gran carnicería, y uno solo gran inhumanidad. Agora, que por la misericordia de Dios son cristianos, no hay tal sacrificio ni comida de hombres. No hay ídolos ni borracheras que saquen de seso. No hay sodomía, pecado aborrecible,

por todo lo cual deben mucho á los españoles que los conquistaron y convirtieron. Agora son señores de lo que tienen con tanta libertad, que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando; ca el Emperador se los tasa. Tienen hacienda propia, y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas. Saben oficios y venden bien y mucho las obras y las manos. No les fuerza nadie, que no le castiguen, á llevar cargas ni trabajar; si algo hacen, son bien pagados. No hacen nada sin mandárselo el señor que tienen indio, aunque lo mande el señor español á quien están encomendados, ni aunque lo mande el virey; y esta es grandísima exencion. Todos los pueblos, aunque sean del Rey, tienen señor indio que manda y veda, y muchos pueblos dos, y tres, y mas señores; los cuales son del linaje que eran cuando fueron conquistados; y así, no se les ha quitado el señorío ni mando. Si faltan hombres de aquella casta, escogen ellos al que quieren, y confirmanlo el Rey. Obdescentos en grandísima manera y como á Moteczuma; así que nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que los cristianaron, y que los tratan y que los tienen ni mas ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren, y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latin y ciencias, que vale mas que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos.

Cosas notables que les faltan.

No tenían peso, que yo sepa, los mejicanos; falta grandísima para la contratacion. Quién dice que no lo usaban por excusar los engaños; quién, porque no lo habían menester; quién, por ignorancia, que es lo cierto. Por donde parece que no habían oído cómo hizo Dios todas las cosas en cuenta, peso y medida. Así que carecen de peso todos los indios; aunque se halló cierta manera de peso en la costa de Cartagena, y en Túmbez halló Franciseo Pizarro una romana con que pesaban el oro, la cual tuvo en mucho.

No tenían moneda, teniendo mucha plata, oro y cobre, y sabiéndolo hundir y labrar, y contratando mucho en ferias y mercados. Su moneda usual y corriente es cacauatl ó cacao, el cual es una manera de avellanas largas y amelonadas; hacen dellas vino, y es el mejor, y no emborracha. El árbol no fructifica sin compañero, como las palmas; pero en llevando fruta, se le puede quitar sin daño; echa la fruta en racimos como dátiles, requiere tierra caliente, pero no demasiado.

Carecian del uso de hierro, habiendo grandísimas minas dello, y esto por rudeza.

No tenían otra caudela para se alumbrar de noche que tizones; barbaría grandísima, y tanto mas grande cuanto mas cera tenían; que aceite no alcanzaban; y

así, cuando los nuestros les mostraron el uso y el provecho de la cera, confesaron su simpleza, teniéndolos por nuevos dioses.

No hacían navíos sino de una sola pieza, aunque buscaban grandes árboles: la causa era falta de hierro, pez y ingenios para calafatearlos.

Que no hiciesen vino teniendo vides y procurando beber otro que agua, es de maravillar: ya lo van haciendo los nuestros, y presto habrá mucho, mayormente si los indios se dan á plantar viñas.

Carecían de bestias de carga y leche; cosas tan provechosas como necesarias á la vida; y así, estimaron mucho el queso, maravillados que la leche se cuajase. De la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodón. Espantáronse de los caballos y toros; quieren mucho los puercos, por la carne; bendicen las bestias, porque los relieves de carga, y ciertamente les viene de las gran bien y descanso, porque antes ellos eran las bestias.

No tenían letras mas de las figuras, y aquellas pocas en respeto de todas las Indias; por donde algunos dicen no haber llegado en estas tierras hasta nuestro tiempo la predicación del santo Evangelio.

Otras muchas cosas les faltaban de las que son menester á la vivienda política del hombre, pero las dichas son las de gran falta, y que á muchos espantan; mas quien considerare que pueden vivir sin ellas los hombres, como ellos vivían, no se espantará, en especial si considera que, así como es nueva tierra para nosotros, así son diferentes todas las cosas que produce, de las nuestras, y que produce cuantas le bastan á mantener y aun á regalar á los hombres.

Muchas cosas les faltaban también de las que acá preciamos, que son mas deleitosas que necesarias, como decir, seda, azúcar, lienzo y cáñamo; hay ya tanta abundancia como en España.

No tenían pastel, y agora sí; mas tenían linda grana y finos colores de flores, que no quemaban lo que tenían; y aun su pintura no la gasta ni daña el agua, si la untan con olio de chiyán.

Del trigo y del molino.

En la historia tratamos del pan de los indios que comen ordinaria y generalmente; en esta tierra multiplica mucho, y algún grano echa seiscientos; cómenlo verde, crudo, cocido y asado; en grano y amasado. Es ligero de criar, y sirve también de vino; y así, nunca lo dejarán, aunque mas trigo haya. Del meollo de las cañas del centli ó tlauilli, que otros dicen maíz, hacen imágenes, que siendo grandes, pesan poco. Un negro de Cortés, que se llamaba, según pienso, Juan Garrido, sembró en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz; nacieron los dos, y uno de ellos tuvo ciento y ochenta granos. Tornaron luego á sembrar aquellos granos, y poco á poco hay infinito trigo: da uno ciento, y trecientos, y aun mas lo de regadío y puesto á mano; siembran uno, siegan otro, y otro está verde, y todo á un mismo tiempo; y así, hay muchas cogidas por año. A un negro y esclavo se debe tanto bien. No se da, ni da tanto la cebada, que yo sepa. Cuando en Méjico hicieron molino de agua, que antes no lo ha-

bia, tuvieron gran fiesta los españoles y aun los indios, especial mujeres, que les era principio de mucho descanso; mas empero un mejicano hizo mucha burla de tal ingenio, diciendo que haría holgazanes los hombres é iguales, pues no se sabría quién fuese amo ni quién mozo, y aun dijo que los necios nacían para servir, y los sabios para mandar y holgar.

Del pajarito vicicilin.

La mejor ave para carne que hay en la Nueva-España son los gallipavos: quiselos llamar así por cuanto tienen mucho de pavon y mucho de gallo. Tienen grandes barbas ó paperas, que se mudan de muchas colores; tómanse aunque los tengan en las manos; mansedumbre ó apetito grande; todos las conocen, no hay que decir. No había de nuestras gallinas; hay agora tantas, que traen á un solo mercado ocho mil de ellas á vender. El año de 39 les dió un mal que se murieron súbitamente casi todas; casa hubo donde murieron mil, sin docientos capones. El mas extraño pájaro es vicicilin, el cual no tiene mas cuerpo que abejon, pico largo y delgado. Mantiénesse del rocío, miel y licor de flores, sin sentarse sobre la rosa; la pluma es menuda, linda y entrecolorada; precíala mucho para labrar con oro, especialmente la del pecho y pescuezo; muere ó adormécese por octubre, asido de una ramita con los piés, en lugar abrigado; despierta ó revive por abril, cuando hay muchas flores, y por eso lo llaman el resucitado y por ser tan maravilloso hablo dél.

Del árbol metl.

Arboles hay en las sierras de Méjico muy olorosos, y que los nuestros pensaron luego en viéndolos, tener especias; empero la corteza es bastardísima, y el grano flojo. Había cañafistolos, mas ruines y no estimados; españoles los crían muy buenos. Hay árboles que llevan hojas coloradas y verdes, que parecen bien; otros que llaman de los vasos, por la fruta; y otros cuyas espigas sirven de alfileres. El es grande árbol, y lleva las hojas como nogal, mas como el brazo de largo; no echa fruta, sino una flor blanca, verde y clara; tiene pena de muerte quien la trae si no es señor ó si no ha licencia; la misma pena tiene el que trae la iolo, rosa de gran árbol, hechura de corazón, color blanquisca, olor de camuesa. Es buena con cacauatl para las calenturas, aunque sean de frio; conforta el corazón, según el nombre y hechura. Quien come la iolo que tiene las velas moradas, enloquece. De aquestos árboles y otros así eran los huertos de Moteczuma, que tenía para recreación. Vacalxuchitl es una rosa de muchos colores, que adoba el agua, y la encarnada se escalfa las tardes; propiedad rarísima. Ocozotles es árbol grande y hermoso, las hojas como yedra; cuyo licor, que llaman liquidámbar, cura heridas, y mezclado con polvos de su misma corteza, es gentil perfume y olor suave. Kilo es otro árbol, de que sacaban indios el licor que los nuestros llaman bálsamo. Pero ¿qué voy contando, pues son cosas naturales que piden mas tiempo? Solamente quiero poner el metl, por ser provechosísimo. Metl es un árbol que unos llaman maguey y otros cardon; crece de altor mas de dos estados, y en gordo cuanto un musol

de hombre. Es mas ancho de bajo que de arriba, como ciprés. Tiene hasta cuarenta hojas, cuya hechura parece de teja, ca son anchas y acanaladas, gruesas al cimiento, y fenecen en punta. Tienen uno como espinazo, gordo en la comba, y van adelgazando la haldá. Hay tantos árboles destos, que son allá como acá las viñas. Plántalo, echa espiga, flor y simiente. Hacen lumbre, y muy buena ceniza para lejía. El tronco sirve de madera, y la hoja de tejas. Córtalo antes que mucho crezca; y engorda mucho la cepa. Excávala por de dentro, donde se recoge lo que llora y destila, y aquel licor es luego como arrope. Si lo cuecen algo, es miel; si lo purifican, es azúcar; si lo destemplan, es vinagre, y si le echan la ocapatl, es vino. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva. El zumo de las pencas asadas, caliente, y exprimido sobre llaga ó herida fresca, sana y encorece presto. El zumo de los cogollos y raíces, revuelto con jugo de ajenjos de aquella tierra, guarece la picadura de víbora. De las hojas deste metl hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores. Hacen asimesmo alpargates, esteras, mantas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros, y finalmente son cáñamo y se hilan. Las puas son tan recias, que las hiocan en otra madera; y tan agudas, que cosen con ellas como con agujas cualquier cuero, y para coser sacan con la pua la veta, ó hacen como con lesna ó punzon. Con estas puas se punzan los que se sacrifican, según muchas veces tengo dicho, porque no se quiebran y despuntan en la carne, y porque, sin hacer gran agujero, entran cuanto es menester. Buena planta, que de tantas cosas sirve y aprovecha al hombre!

Del temple de Méjico.

Todo lo que conquistó Fernando Cortés está de doce hasta veinte y cinco grados de altura; y así, es mas caliente que frio, aunque dura la nieve todo el año en algunas sierras, y se queman los árboles y maizales, como aconteció el año de 40. Está Méjico en decinueve grados de la línea Equinocial y ciento de Canaria, por do echó Ptolomeo la raya meridional, á la cuenta de muchos; y así, hay ocho horas de diferencia en el sol de Méjico á Toledo, según se prueba y conoce por los eclipses; lo cual es que sale antes el sol aquellas ocho horas en Toledo que en Méjico. Pasa el sol á 8 de mayo por sobre Méjico hacia el norte, y vuelve á 15 de julio. Echa las sombras todo aquel tiempo al mediodía. No angustia en él la ropa ni escuece la desnudez. Es sana vivienda y apacible, y hay mucho deporte en las sierras que lo rodean y laguna que lo baña.

Que ha venido tanta riqueza de la Nueva-España como del Perú.

Muy poca plata y oro fué lo que Cortés y sus compañeros hallaron y hubieron en las conquistas de la Nueva-España, en comparación de lo que después acá se ha sacado de minas. Todo lo cual, ó muy poco menos, se ha traído á España; y aunque las minas no han sido tan ricas, ni las partidas traídas tan gruesas como las del Perú, han sido continas y grandes, y el tiempo doblado; y aun si sacan los años de las guerras civiles, que no vino nada, tres tanto. No se puede afirmar esto sin la

casa de la contratación de Sevilla, pero es opinion de muchos. Sin oro y plata, se ha también traído muchísimo azúcar y grana, dos mercaderías bien ricas. La pluma y algodón y otras muchas cosas algo valen. Pocas naves van, que no vuelvan cargadas; lo cual no es en el Perú, que aun no está lleno de semejantes granjerías y provechos; así que tan rica ha sido la Nueva-España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él. Es verdad que no han venido tan ricos mejicanos como peruleros, pero así no han muerto tantos. En la cristiandad y conservación de los naturales lleva grandísima ventaja la Nueva-España al Perú, y está mas poblada y mas llena de gentes. Lo mismo es en los ganados y granjerías; ca llevan de allí al Perú caballos, azúcar, carne y otras veinte cosas. Podrá ser que se hincha el Perú y enriquezca de nuestras cosas como la Nueva-España, que buena tierra es si lloviese para ello; mas el regadío es mucho. He dicho esto por la competencia de los unos conquistadores y de los otros.

De los vireyes de Méjico.

La grandeza de la Nueva-España, la majestad de Méjico y la calidad de los conquistadores requerían persona de sangre y valor para la gobernación; y así, envié allá el Emperador á don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, por virey, y se vino Sebastian Ramirez, que gobernaba bien; el cual fué luego presidente de la chancillería de Valladolid y obispo de Cuenca. Fué proveído don Antonio de Mendoza el año, pienso, de 34. Llevó muchos maestros de oficios primos para ennoblecer su provincia, y á Méjico principalmente; como decir, molde y emprenta de libros y letras; vidrio, que los indios no conocían; cuños de batir moneda. Engrandeció la granjería de seda, mandándola traer y labrar toda en Méjico; y así, hay muchos telares é infinitos morales, aunque los indios la procuran mal y poco, diciendo que es trabajosa; y es por ser ellos perezosos, con la mucha libertad y franqueza que tienen. Juntó los obispos, clérigos, frailes y otros letrados, sobre cosas eclesiásticas y que tocaban á la enseñanza de los indios; donde se ordenó que no se les mostrase mas de latin, el cual aprendían bien, y aun el español; mas no lo quieren hablar sino poco. La música toman bien, especial flautas. Tienen malas voces para cantar por punto. Podrían ser clérigos, mas aun no los dejan. Pobló don Antonio algunos lugares á usanza de las colonias romanas, en honra del Emperador, entallando su nombre y el año en mármol. Comenzó el muelle para el puerto en Medellín, cosa costosa y necesaria. Redujo los chichimecas á vida política, dándoles propio, que no lo tenían ni querían, ni creo lo habían menester. Gastó mucho en la entrada de Sibola, como ya contamos, sin haber provecho ninguno, y quedó enemigo de Cortés. Descubrió gran trecho de tierra en la costa del sur, por Xalisco; envié naos á la Especiería, que también se le perdieron. Húbose prudentemente con las ordenanzas de las Indias cuando se revolvió el Perú; por cuanto había muchos pobres y descontentos que deseaban revuelta y guerra. Mandó ir el Emperador al Perú con el mismo cargo de virey, porque se vino el licenciado Gasca, entendiendo su buena gober-

nación, aunque algunas quejas le dieron dél los de la Nueva-España. No quisiera dejar á Méjico, que lo conocia, ni á los indios, que se hallaba bien con ellos, y le habían sanado con baños de yerbas, estando tollido; ni á sus haciendas, ganados y otras granjerías ricas; ni deseaba conocer nuevos hombres y condiciones, sabiendo que los peruleros son recios; mas, en fin, hubo de ir, y fué por tierra desde Méjico á Panamá, que hay mas de quinientas leguas, el año de 1551. Fué aquel mismo año á Méjico por virey don Luis de Velasco, que era veedor general de las guardas y caballero de mucho gobierno. Es este vireinado muy gran cargo en honra, mando y provecho.

Muerte de Fernando Cortés.

Riñeron malamente Cortés y don Antonio de Mendoza sobre la entrada de Sibola, pretendiendo cada uno ser suya por merced del Emperador; don Antonio como virey, y Cortés como capitán general. Pasaron tales palabras entre los dos, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos; y así, dijeron y escribieron mil males el uno del otro; cosa que á entrambos dañó y desautorizó. Tenia pleito Cortés sobre la cantidad de sus vasallos, con el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, que le pusiera mala voz al privilegio; y el virey comenzóselos á contar, que era mal hacerle, aunque con cédula del Emperador; por lo cual hubo Cortés de venir á España el año de 40. Trajo á don Martín, el mayorazgo, que habria ocho años, y á don Luis para servir al Príncipe. Vinó rico y acompañado, mas no tanto como la otra vez. Trabajó grande amistad con el cardenal Loaisa y con el secretario Cobos, que no le aprovechó nada para con el Emperador, que habia ido á Flándes sobre lo de Gante, por Francia. Fué luego, el año de 41, el Emperador sobre Argel, con grande armada y caballería. Pasó allí Cortés con sus hijos don Martín y don Luis, y con muchos criados y caballos para la guerra. Tomóle la tormenta, con que se perdió la flota, en mar, y en la galera Esperanza, de don Enrique Enriquez. Por el miedo de no perder los dineros y joyas que llevaba, dando al través, se ciñó un paño con las riquísimas cinco esmeraldas que dije valer cien mil ducados; las cuales se le cayeron por descuido ó necesidades, y se le perdieron entre los grandes lodos y muchos hombres; y así, le costó á él aquella guerra mas que á ninguno, sacando á su majestad, aunque perdió Andrea de Oria once galeras. Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero mas sintió que no le llamasen á consejo de guerra, metiendo en él otros de menos edad y saber; que dió que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco é irse, pesó mucho á muchos; é yo, que me hallé allí, me maravillé. Cortés entonces se ofrecia de tomar á Argel con los soldados españoles que habia, y con los medios tudescos é italianos, siendo de ho servido el Emperador. Los hombres de guerra amaban aquello, é loabanle mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así, pienso que no lo supo su majestad, y se vino. Anduvo Cortés muchos años congojado en la corte tras el pleito de sus vasallos y privilegio, y aun fatigado con la residencia que le tomaron

Nuño de Guzman y los licenciados Matienzo y Delgadillo, y que se veia en consejo de Indias; pero nunca se declaró; que fué gran contentamiento para él. Fué á Sevilla con voluntad de pasar á la Nueva-España y morir en Méjico, y á recibir á doña María Cortés, su hija mayor, que la tenia prometida y concertada de casar con don Alvar Perez Osorio, hijo heredero del marqués de Astorga don Perálvarez Osorio, con cien mil ducados y vestidos. Mas no se casaron por culpa de don Alvaro y de su padre. Iba malo de cámaras é indigestion, que le duraron mucho tiempo. Empeoró allá, y murió en Castilleja de la Cuesta, á 2 de diciembre del año de 1547, siendo de sesenta y tres años. Fué depositado su cuerpo con los duques de Medina Sidonia. Dejó Cortés en doña Juana de Zúñiga un hijo y tres hijas: el hijo se llama don Martín Cortés, que heredó el estado, y casó con doña Ana de Arellano, prima suya, y hija del conde de Aguilar don Pedro Ramirez de Arellano, por concierto que dejó su padre. Las hijas se llaman doña María Cortés, doña Catalina, y doña Juana, que es la menor, prometida por el mismo concierto á don Felipe de Arellano, con setenta mil ducados de dote. Dejó tambien otro don Martín Cortés, que hubo en una india, y á don Luis Cortés, que tuvo en una española, y tres hijas, cada una de su madre, y todas indias. Hizo Cortés un hospital en Méjico, mandó hacer un colegio allí, y monesterio para mujeres en Coyoacan, donde mandó por testamento que llevasen sus huesos á costa del mayorazgo. Situó cuatro mil ducados de renta, que valen sus casas de Méjico cada año, para estas tres obras, y los dos mil son para los colegiales.

DON MARTIN CORTÉS Á LA SEPULTURA DE SU PADRE.

Padre, cuya suerta impropriamente
Aqueste bajo mundo poséa;
Valor que nuestra edad enriquecia,
Descansa agora en paz eternamente.

Condicion de Cortés.

Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenia gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fué travieso cuando muchacho, y cuando hombre fué asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en paz fué alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputacion para lo que después fué. Fué muy dado á mujeres, y dióse siempre. Lo mesmo hizo al juego, y jugaba á los dados á maravilla bien y alegremente. Fué muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufria mucho la hambre con necesidad, segun lo mostró en el camino de Higuera y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo mas pleitos que convenia á su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escaseza en algunas cosas; por donde le llamaban rio de avenida. Vestia mas polido que rico, y así era hombre limpiísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecia nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo mucha-

cho, cómo habia de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condicion de putañeros. Era devoto, rezador, y sabia muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho á su hijo, cuando se moria, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó á cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interese

rescatava sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini apprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum*: letra muy á propósito de la conquista. Tal fué, como habeis oido, Cortés, conquistador de la Nueva-España; y por haber yo comenzado la conquista de Méjico en su nacimiento, la fenezco en su muerte.